

NUEVA ETAPA EN LA VIDA DE LA IGLESIA
(Fragmentos de la homilía en el I Aniversario del ENEC - marzo 1987)

Fue el ENEC el momento fuerte de un movimiento de concienciación que produjo en nuestra Iglesia un modo nuevo, participativo, corresponsable de comprender, preparar y realizar la misión de la Iglesia y su acción pastoral.

Fue el ENEC un acto de Fe de la Iglesia que está en Cuba, con todo lo que conlleva una andadura de fe: conversión, adhesión a Cristo y a su mensaje, compromiso evangelizador que las dificultades no logran empañar.

En nuestra Arquidiócesis de La Habana hemos celebrado los EPEC; los encuentros parroquiales, que han sido, más que el eco del Encuentro Nacional en cada Comunidad, la concreción de ese estilo propio del ENEC de pensar y de vivir la misión de la Iglesia en cada barrio o en cada pueblo.

Pero al año justo de la celebración del ENEC afloran sin duda muchas preguntas:

—¿Ha podido la Iglesia encontrar un espacio más amplio y seguro para su acción pastoral después del ENEC?

¿La clara disponibilidad al diálogo serio y constructivo en todas las instancias de la vida nacional ha hallado el eco adecuado que permita esperar una participación más amplia de los cristianos en la construcción de la sociedad?

Sintiéndose plenamente parte del pueblo cubano y plenamente identificados como cristianos, miembros activos de la Iglesia, ¿los católicos cubanos van ocupando su lugar en la sociedad sin privilegios pero sin discriminaciones? En una palabra: ¿los pasos seguros que ha dado la comunidad eclesial se han correspondido con una real ubicación y adaptación de los católicos en esta sociedad nuestra? ¿Se sientan también las bases para que pueda la Iglesia superar la situación de tolerancia limitada y desarrollar su misión en un clima de mayor confianza?

Hay distintos signos positivos, a veces tímidos, que parecen orientarnos en el sentido de un optimismo moderado. Pero es corto el tiempo de un año para aventurar respuestas definitivas.

Nosotros, con nuestro ENEC, estamos haciendo un aporte nada despreciable al hallazgo de nuevos caminos de comunicación y diálogo respetuoso entre los cristianos y los marxistas en los países que practican el socialismo real.

El ENEC ha hecho que los ojos de nuestros hermanos de Europa Occidental, América del Norte y especialmente de América Latina se vuelvan atentos hacia la Iglesia Católica en Cuba: ¿Podrá de hecho la Iglesia en Cuba, o sea, podrán los católicos cubanos sostener en la vida de cada día las tesis de confianza, identidad y diálogo que por medio del ENEC anunciaron a un mundo que las recibía no sin sorpresa? ¿Puede de verdad la Iglesia vivir y desarrollarse en un país de socialismo real? Estas y otras preguntas se repiten desde muy diversos ángulos.

Si en los años sesenta o setenta para algunos hermanos nuestros, entre ellos muchos latinoamericanos, todo parecía depender de nosotros católicos cubanos en

cuanto a la posibilidad de comunicación y convivencia en un país marxista, el momento histórico actual se inclina en forma positiva en favor de la Iglesia que está en Cuba en cuanto a su capacidad de presencia y acción pastoral y los cuestionamientos se hacen más insistentes del lado de las estructuras socio-políticas y de la ideología oficial.

Este estado de opinión podría expresarse así: La Iglesia parece que quiere y puede, el Estado parece que quiere, ¿llevará adelante de hecho este proyecto?

Un diálogo realista solo puede mantenerse con perseverancia de quienes de un lado y de otro están convencidos de la necesidad de esta vía.

Es evidente que, por su misma naturaleza, el papel del Estado es el más activo en este diálogo que es, por lo tanto, de índole muy singular.

La Iglesia Católica en Cuba, al aprobar el Documento Final, no emitía una solemne declaración que dejaría fijadas en detalle sus posiciones en cuanto a distintos aspectos de la historia, de la política, de la economía o de la vida de la nación o aun de la misma Iglesia.

El ENEC trazó más bien líneas generales muy precisas, pero guardando siempre una imprescindible altura de miras:

1º La Iglesia Católica acepta que su misión pueda llevarse a cabo en Cuba con su organización socialista. La Iglesia quiere ser una Iglesia encarnada.

2º La Iglesia en Cuba está consciente de su misión y, con las modalidades propias del medio en que se encuentra, busca el modo de ponerla por obra. La Iglesia quiere ser evangelizadora.

3º La Iglesia, fiel a su Señor y con el lenguaje y la teología del Concilio Vaticano II, pone su confianza en Dios. Solo una Iglesia orante puede encarnarse en el contexto histórico donde se halla y anunciar allí a Jesucristo.

Pero los frutos del ENEC no fueron sembrados para cosecharlos a corto plazo y la impaciencia no ayuda a la maduración.

Mucho camino tiene que hacer el ENEC en nosotros católicos, en nuestras comunidades y aun en nuestros corazones, para que pueda también hacerlo en la historia de nuestro país.

Si la realización del ENEC fue, en su momento, un acto de fe de la Iglesia que está en Cuba, hoy es ciertamente un canto a la Esperanza.